

Las limitaciones del «Estado fallido» y el «pos-conflicto» para la República Democrática del Congo: la opacidad como legado de las guerras africanas de 1997-2003.

David Mouzo Williams.

Cita:

David Mouzo Williams (2019). *Las limitaciones del «Estado fallido» y el «pos-conflicto» para la República Democrática del Congo: la opacidad como legado de las guerras africanas de 1997-2003*. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/378>

Título de la ponencia: Las limitaciones del «Estado fallido» y el «pos-conflicto» para la República Democrática del Congo: la opacidad como legado de las guerras africanas de 1996-2003

Nombre y apellido del autor: David Mouzo Williams

Eje temático: Eje 4. Poder, conflicto, cambio social

Nombre de mesa: Mesa 64. Guerra, conflictos armados y sociedad. Abordajes desde la sociología, las humanidades y las ciencias sociales

Institución de pertenencia: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación – Universidad Nacional de La Plata (FaHCE-UNLP)

E-Mail: davidmwunlp@hotmail.com

Resumen

La presente ponencia aspira hacer un análisis de la historia reciente de la República Democrática del Congo (1965-2019), específicamente en relación a las dos grandes guerras que afectaron al Estado congolés y a gran parte del continente africano: la Primera Guerra del Congo (1996-1997) y Segunda Guerra del Congo (1997-2003). Eso se hará a partir de dos grandes críticas a la literatura académica y el discurso de resolución de conflicto, específicamente los usos de las denominaciones «Estado fallido» y «pos-conflicto», que han sido utilizados para caracterizar a esa realidad congoleña. Hecho un análisis de la multicausalidad y consecuencias de estas dos guerras africanas, se plantea que el uso del término «pos-conflicto» como marco tras el armisticio de Lusaka (1999) y los Actos de Paz de Pretoria (2002) han vuelto incomprensibles las resurgencias bélicas más recientes así como la persistencia de violencia estatal y paraestatal, principalmente hacia la población civil. Asimismo, la caracterización del Congo en términos de «Estado fallido» han opacado el funcionamiento estatal y paraestatal en tanto posibilitador de una economía de guerra, concentrada en el este congolés y ligada a capitales occidentales y no-occidentales, así como las responsabilidades de estos en la continuación de esa lógica.

Palabras clave: Estado fallido – Congo – África – Posconflicto

1. Introducción

La presente ponencia tiene por objetivo analizar desde la disciplina histórica el recorte espacial-temporal de la República Democrática del Congo (RDC)¹ en el período 1965-2019, especialmente las consecuencias aún presentes de los conflictos bélicos del período 1996-2003. Tras un análisis de estas guerras de alcance internacional, que involucraron no solo a la RDC sino a la mayoría del continente africano, se dará lugar a una descripción de las transiciones trucas tras esos períodos álgidos de conflicto. Entre ellas, las más de tres millones de personas asesinadas y cientos de miles de desplazamientos forzosos, así como el fin del régimen dictatorial de Mobutu Sese Seko (1967-1997) y el paso a los gobiernos electos de Laurent-Desiré Kabila y Joseph Kabila (1997-2001 y 2001-2019, respectivamente).

No obstante, como se visibiliza aquí, el subsecuente período de pos-guerra (2003-2019) no estuvo falto de una serie de levantamientos militares, resurgencias bélicas y violencia de baja intensidad (entre ellos, la insurrección de Laurent Nkunda, el establecimiento de grupos armados ilegales en el este congolés y la coacción ilegítima de las FARDC a pueblos mineros). Siguiendo a otros autores, estos acontecimientos ponen en jaque la utilización pública y desde las relaciones internacionales del término «pos-conflicto» para la RDC, establecido tras el cese al fuego de Lusaka (1999) y posteriormente en los Actos de Paz de Pretoria (2002). En relación a lo anterior y ante la incompreensión de la recurrencia de la violencia para-estatal y estatal se ha utilizado reiteradamente el concepto de «Estado fallido» para caracterizar el caso congolés, tanto desde la academia como desde los medios masivos de comunicación. Aquí ambas categorías son criticadas, especialmente la segunda, tanto por la reproducción de una visión eurocéntrica sobre África como por la opacidad que replican.

Se entiende que el pos-conflicto no ha sido tal porque han quedado irresueltas muchas de las *casus belli* que llevaron a los conflictos en un primer lugar (por ejemplo, discusiones en torno al reconocimiento de la etnicidad y propiedad de la tierra en el este congolés) así como problemáticas que acarrearón las propia guerras (falta de una justicia transicional, ausencia de una formalización de la incorporación de guerrillas a las fuerzas armadas, etc.). Por otra parte, la caracterización de fallido a ese Estado congolés invisibiliza la lógica de funcionamiento de los distintos actores imbricados en la economía de guerra; se ignora así, tanto la explotación de la institucionalidad por parte del aparato estatal reconocido (concesión de permisos a empresas mineras, pedido de préstamos a organismos financieros internacionales, recibo de ayuda internacional, etc.) como la

¹ A lo largo del texto y en pos de cierta coherencia (y brevedad) se utilizara la abreviatura RDC para referirse a la actual República Democrática del Congo, sustituyendo otras denominaciones como Congo-Kinshasa, RDCongo o Congo del Este. Cuando el contexto histórico lo amerite se hará mención de sus distintas acepciones a lo largo de la historia, como «Zaire» (c. 1971-1997) y «Estado Libre del Congo» (c. 1885-1908).

explotación de la ilegalidad por parte de los grupos armados ilegales (establecimiento de rutas ilegales con empresas extranjeras y/o gobiernos fronterizos para contrabando de minerales, adscripción de personas afectadas directa o indirectamente por la continuación de los conflictos y falta de respuestas, etc.). Estos actores se han visto beneficiados, de distintas formas, por sus papeles como habilitadores de esa economía de guerra.

No obstante, los agentes más beneficiados en esta coyuntura han sido las empresas de extracción y refinamiento occidentales y no-occidentales, que han obtenido un diferendo o plusvalía enormes, al considerar las laxas restricciones medioambientales, los mínimos impuestos exigidos por el centro gubernamental (cuando siquiera se los paga), las rutas ilegales de transporte por territorios extranjeros y el hecho de que el trabajo artesanal particular es responsable de gran parte de la producción minera congoleña (en algunos casos, bajo coacción de grupos armados estatales o paraestatales).

2. Aproximaciones a la RDC

2.1. Breve referencia a la institucionalidad y espacios geográficos de la RDC

La RDC dispone de una posición geoestratégica privilegiada en el centro del continente africano, con más de 2.345.000 km² de superficie y una población de más de 81 millones de habitantes². Desde 2006, la RDC se define por su constitución como una república unitaria, independiente, soberana, indivisible, democrática, laica y en Estado de derecho, y desde 2015 el territorio se encuentra dividido en 25 provincias, más la capital Kinshasa³. La RDC se rodea de nueve Estados fronterizos: Angola, la República del Congo, la República Centroafricana, Sudán del Sur, Zambia, Uganda, Burundi, Ruanda. Estos últimos cuatro países, junto a la propia RDC y parte del territorio de Kenia, forman lo que se conoce como la «Región de los Grandes Lagos»⁴.

En relación a esas particularidades geográficas, la mayor densidad demográfica se da en los extremos del territorio: en el sur-oeste (donde se ubica la capital Kinshasa y la provincia de Congo Central) y el centro-este (donde se ubican las provincias de Kivu del Norte, Kivu del Sur, Ituri, Maniema y Tanganica); el aglutinamiento humano en el este congolés, en la zona fronteriza con Ruanda, Uganda, Tanzania y Burundi, coincide con la mayor parte de la distribución de los recursos

² El número aquí utilizado es un mero estimativo. Actualmente no hay información de censos nacionales en la RDC. La fuente utilizada es el reporte 2017 del Banco Mundial. Recuperado de <https://data.worldbank.org/indicator/SP.POP.TOTL?locations=CD&view=map&year=2017> [visitado junio 2019]. Otras fuentes no oficiales señalan la población entre los 80 y 84 millones de habitantes para 2019, por lo que se decidió en este caso atenerse al reporte del Banco Mundial por tener un número promedio entre ambos estimativos.

³ Oficina de Información Diplomática. *Ficha País. República Democrática del Congo*, España, Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, 2018, p. 1.

⁴ Gentili, Ana María. *El león y el cazador. Historia de África subsahariana*, Buenos Aires, CLACSO, 2012, pp. 159-160.

subterráneos (entre ellos, metales preciosos y minerales estratégicos). Allí, tras los dos grandes conflictos bélicos (Primera Guerra del Congo, 1996-1997, y Segunda Guerra del Congo, 1998-2003), se ha instalado lo que se ha denominado como una «economía de guerra», en torno a la importancia regional, económica y geopolítica de la zona oriental y la extracción de esos minerales coetáneos⁵.

2.2. Caracterización general de los minerales estratégicos, y el funcionamiento de la economía de guerra en la RDC

Los minerales estratégicos se consideran a todos aquellos recursos naturales de índole mineral que, aun siendo vitales para los procesos industriales de alta tecnología, no existen en el país demandante, no están en una cantidad rentable y/o no llegan a satisfacer la demanda interna⁶. En la actualidad, además del oro, los minerales más demandados son el tungsteno, el estaño, y el tántalo, conocidos también con los nombres antes de su procesamiento: wolframita, casiterita y coltán, respectivamente⁷. De ese último, también llamado «colombo tantalita», la nación congoleesa dispone el 80% de las reservas mundiales, necesario para la elaboración de componentes electrónicos (celulares, computadoras, pantallas planas, consolas de videojuegos, etc.), estaciones espaciales, armas, etc.⁸

Los minerales citados requieren de una extracción que se realiza principalmente de forma artesanal y a pequeña escala, lo que determina una gran plusvalía para sus comerciantes y refinadores. En ello, se emplea a un estimado del 18% de la población y representa la mayor oportunidad económica para millones de congolese/as, pero a su vez se relaciona con las peores formas de contratación laboral, explotación ambiental y prácticas sociales en la RDC⁹. Particularmente las minas de coltán, que alimentan el mercado global en esta era digital, están desorganizadas y tienen una tendencia a ser controladas por milicias locales y, más recientemente, algunas de ellas por el gobierno congolés, en auspicio de capitales trasnacionales¹⁰.

Cuando los grupos armados ilegales se enquistan en la explotación de los recursos se da: (1) por medio del control de las minas en sí y el cobro de impuestos a los transportadores y compradores

⁵ Reyes, Marco Antonio y Batubenge, Omer. “Los derechos de los infantes y el saqueo de recursos minerales en la República Democrática del Congo: la internacionalización de la criminalización del Estado”, *Estudios de Asia y África*, 46(2), 2011, pp. 333-364, pág. 334.

⁶ Instituto español de relaciones institucionales, *El espectro de los minerales estratégicos (I): Afganistán*, 2011, pág. 2

⁷ Tardif, Eric. “Minerales que suscitan pasiones: ¿el inicio de la pugna por lo que queda?”, *Anuario Mexicano de Derecho Internacional*, 14, 2014, pp. 765-800, pág. 783-784.

⁸ Reyes y Batubenge, *óp. cit.*, pág. 337

⁹ Perks, Rachel. “10. Towards a post-conflict transition: women and artisanal mining in the Democratic Republic of Congo”. En K. Lahiri-Dutt (Ed.), *Gendering the field*. Canberra, ANU Press, 2011, pp. 177-195, pág. 179-180

¹⁰ Mantz, Jeffrey. “Improvisational economies: Coltan production in the eastern Congo”, *Social Anthropology*, 16(1), 2008, pp. 34-50, pág. 34-35

internacionales, y (2) por medio del ataque esporádico a las aldeas mineras, como una forma de demostrar su capacidad de infligir a las sociedades civiles y coaccionar al gobierno a una negociación con ellos.¹¹

El contexto habilitante de esto ha sido la «economía de guerra», un escenario en la que distintos actores nacionales, regionales e internacionales, tradicionales o más recientes, obtienen una enorme plusvalía de la extracción de dichos minerales precisos y estratégicos en zonas de conflicto de baja intensidad. Los actores principales han sido los señores de la guerra, grupos armados ilegales, empresas congoleñas y extranjeras occidentales y no-occidentales, y la economía de la que han sido participantes se construyó gradualmente con el derrocamiento de Mobutu Sese Seko y el colapso estatal resultante de la primera guerra de la liberación (1996-1997) y tras la ruptura territorial que significó la Segunda Guerra del Congo (1997-2003)¹².

Si bien se han establecido ciertos mecanismos para detectar el origen criminal de minerales, similares al caso de los diamantes a través del Proceso Kimberley, las propias particularidades de estos minerales extraídos dificulta su seguimiento: a diferencia de los diamantes, los minerales estratégicos se transportan en las toneladas para que sea viable su extracción; si bien se ha intentado que sean enviados en bolsos con etiquetas de aprobación y certificados de origen, estos sellos son fácilmente falsificados y el mineral de conflicto rápidamente se mezcla con otros de regiones de todo el mundo, tras pasar por varios comercializadores y concentrarse en los grandes revendedores (muchos de los intentos de regulación no tienen en cuenta las posibilidades de contrabando y falsificación de las fajas de seguridad)¹³. Por último, la aplicación de la llamada «Ley Dodd-Frank», impulsada y sancionada por la administración Obama en Estados Unidos en 2010, a pesar de que en uno de sus estatutos planteaba combatir la compra de minerales estratégicos (coltán, caserita y tungsteno) y oro que fueran provenientes de zonas de conflicto, terminó por tener consecuencias inesperadas. Se estableció una prohibición *de facto* a toda minería artesanal de estos recursos, y asimismo llevó a muchas empresas a abandonar directamente [la compra en territorio congolés, por la ambigüedad de la procedencia y los costes que les implicaba]¹⁴; a su vez, el efecto no deseado de esto fue el colapso de las economías regionales dependientes de la explotación artesanal de estos minerales (no solo de la propia minería, sino de las esferas de alimentos y textiles que eran subsidiarias de esta)¹⁵.

¹¹ Tardif, *óp. cit.*, pp. 784-785

¹² Reyes, Marco Antonio. "Economía de guerra y criminalización internacional en la zona de los Grandes Lagos (Congo, Uganda y Rwanda)", *Acta Sociológica*, 54, 2010, pp. 97-118, pág. 97-98

¹³ Mantz, *Ibíd.*, pp. 787-788

¹⁴ Stoop, Nick; Verpoorten, Marijke; van der Windt, Peter. "More legislation, more violence? The impact of Dodd-Frank in the DRC", 13(8), 2018. <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC6084930/> [visitado julio 2019]

¹⁵ Cuvelier, Jeroen Steven Van Bockstael, Koen Vlassenroot & Claude Iguma, "Analyzing the Impact of the Dodd-Frank Act on Congolese Livelihoods", 2014, pp. 1-32, pág. 10-11. <https://biblio.ugent.be/publication/5766410/file/5766411> [visitado julio 2019]

3. La Primera Guerra del Congo (1996-1997): dictadura mobutista y ramificaciones de la guerra de liberación

A cargo de un gobierno dictatorial y unipartidista, justificado por una campaña tradicionalista y anticomunista, y aprovechando el atractivo que esos elementos tenían en el contexto de la Guerra Fría, Mobutu Sese Seko toma el poder a través de un segundo golpe de Estado en 1965 y se mantiene por más de treinta años como el líder personalista de la RDC. Gracias a una moneda fuerte y una coyuntura de altos precios para el cobre, las primeras dos décadas del régimen mobutista se caracterizaron por la estabilidad y una relativa paz¹⁶. Sin embargo, el ocaso de su sistema dictatorial ya comienza hacia la década del setenta, por dos grandes frentes: el económico, debido a la caída de los precios internacionales de las materias primas en 1973, que ahondó el camino (coaccionado) para una liberalización de la economía¹⁷ y el político, por una recuperación de la tendencia hacia el multipartidismo, con el llamado a elecciones legislativas de 1977¹⁸.

La retracción económica y la crisis política se combinaron con la regionalización del conflicto tutsi-hutu, tras el genocidio de Ruanda en 1994. El temor a una represalia tras la toma del poder de una mayoría tutsi, por parte del Frente Patriótico Ruandés y Paul Kagame, obligó a la huida de más de 1.5 millones de hutus ruandeses al territorio oriental congolés. Entre ellos, y esto gracias a la participación francesa en la coordinación del flujo de refugiados, se encontraban miles de oficiales de las Fuerzas Armadas Ruandeses (FAR) y las milicias *Interhamwe*, cómplices integrales del genocidio¹⁹.

Temerosos por sus respectivas poblaciones, los gobiernos de Uganda, Burundi y Ruanda patrocinaron la formación de la *Alliance des Forces Démocratiques pour la Libération du Congo-Zaïre* (AFDL) o Alianza Democrática por la Liberación de Congo-Zaïre. Con el liderazgo de Laurent Kabila, veterano miliciano y oriundo del norte de Katanga, la AFDLC avanzó rápidamente a lo largo del país y tomó la capital de Kinshasa, favorecido por el apoyo ruandés, burundés y ugandés, así como por el abandono de los militares a sus posiciones, que habían sido dejados de pagar hacía tiempo por el régimen mobutista.

¹⁶ Reyes, Marco Antonio. *La República Democrática del Congo; orden político y autoridad en contextos electorales*, Tesis doctoral en Estudios de Asia y África, México D. F., Colegio de México, 2012, pág. 68-69

¹⁷ *Ibid.*, pág. 60

¹⁸ Reyes, Marco Antonio. "La transición política y la nueva constitución de la República Democrática del Congo", *Estudios de Asia y África*, 40(3), 2005, pp. 687-708, pág. 690

¹⁹ Reyes, 2012, *óp. cit.*, pp. 94-95

4. La Segunda Guerra del Congo o la Primera Guerra Mundial Africana (1997-2003)

Posteriormente, en la «segunda guerra congoleña» o «primera guerra mundial africana» (1998-2003) estuvieron involucradas más de catorce fuerzas armadas extranjeras, así como tres grupos rebeldes principales y una multitud de milicias fragmentadas, concentrándose todas ellas en el este y siendo los civiles las principales víctimas, con más de tres millones de muertos solo en este período²⁰ y más de veinte millones de desplazados, en migraciones constantes que han acumulado más muertes y la imposibilidad de educación y formación de los/as menores de edad²¹.

El asesinato de Laurent Kabila en 2001 y el subsecuente vacío de poder fue llenado inmediatamente por su hijo, Joseph Kabila²². Poco después del estallido del último conflicto, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) lanzó la *Mission de l'Organisation des Nations Unies au Congo* (MONUC) para reinstalar la paz, que progresivamente se transformó en el más grande y costoso programa humanitario de la ONU; si bien el cese al fuego llegó a concretarse en junio de 2003, pero fue considerado impuesto, en tanto los diplomáticos internacionales mantuvieron un control político inusitado en el proceso²³.

La explosión de las fronteras de la RDC, Uganda, Burundi y Ruanda durante la segunda guerra congoleña o primera guerra mundial africana lleva a una proliferación inusitada de grupos armados ilegales, algunos de ellos liderados por otrora hombres grandes intermediarios del régimen mobutista que se disputan la repartición de la soberanía y la extracción de los recursos naturales, tras el colapso estatal que había significado el derrocamiento del hombre grande por excelencia, Mobutu Sese Seko²⁴.

5. El marco del «pos-conflicto» y del «Estado fallido» para la RDC: ¿limitación conceptual u opacidad deliberada?

En otra ocasión, he criticado muy brevemente las explicaciones reduccionistas y ahistóricas que se han alzado como hegemónicas para explicar la historia reciente de la RDC y sus conflictos. A mi entender, estos han sido las ideas de la «maldición de los recursos», la etnicidad como fuente de

²⁰ Auteserre, Séverine. "Hobbes and the Congo: Frames, local violence, and International intervention", *International Organization*, (63) 2, 2009, pp. 249-280, pág. 257. No obstante, estas cifras que han sido tomadas para el trabajo constituyen un número conservador al compararle con otras estimaciones, que hablan de seis o inclusive nueve millones de personas muertas por causas directas o indirectas relacionadas con las guerras del período 1996-2003.

²¹ Reyes y Batubenge, 2011, *óp. cit.*, p. 343

²² Reyes, Marco Antonio. "Economía de guerra y criminalización internacional en la zona de los Grandes Lagos (Congo, Uganda y Rwanda)", *Acta Sociológica* (54), pp. 97-118, pág. 113

²³ Auteserre, *óp. cit.*, pp. 257-258

²⁴ Reyes, 2012, *óp. cit.*, pp. 57-58

conflicto permanente y la violencia entendida como pulsión inherente al territorio y habitantes congolese²⁵.

A esas tres podríamos agregarle dos conceptualizaciones que han opacado la comprensión histórica tras las dos grandes guerras africanas: el marco del «pos-conflicto» y la categoría del «Estado fallido».

Siguiendo a Séverine Autesserre, los marcos son el conjunto de paradigmas e ideologías compartidos por grupos e instituciones que condicionan fuertemente lo que las personas pueden ver como «problemas», es decir, la construcción de estos; si bien los marcos no son los causantes del accionar, justifican ciertas prácticas y deslegitiman otras, y gracias a la temporalidad las hegemónicas se terminan naturalizando²⁶. Tras el establecimiento del Acuerdo de Paz del diciembre de 2002 en Pretoria (Sudáfrica), inmediatamente se incitaron a las ONGs, MONUSCO y embajadas a entablar ciertas prácticas, privilegiando la preparación de las elecciones democráticas, la unificación de las Fuerzas Armadas y la reanudación de la diplomacia internacional²⁷. Es decir, se concentró casi enteramente la resolución del conflicto en el nivel nacional e internacional, mientras que el manejo de los problemas locales (que hubiera requerido de estrategias diferenciadas para cada conflicto) se relegó a autoridades políticas y religiosas locales. Todo ello se hizo en un marco de supuesto «pos-conflicto», a pesar de que la realidad empírica contradecía esta toma de posición.

Por su parte, la categoría del Estado fallido ha sido reservada para la RDC, y otros Estados subsaharianos como Sudán, Angola y Somalia desde el principio de la redacción del ranking de Estados Fallidos/Estados frágiles²⁸ en 2005, estando en los primeros “puestos” del ranking dictaminado por el *think thank Fund for Peace* (FFP). Los indicadores utilizados son cuatro –cohesión, economía, política y social–, pero la información que es recopilada y usada no es de público acceso y los métodos para cuantificarla como porcentajes no son claros.

No obstante, en uno de los períodos más álgidos de crisis humanitaria y conflicto regional como lo fue el período 1994-1996, Estados como la RDC y Angola, que serían catalogados como ejemplos de Estados fallidos, siguiendo la clasificación de la FFP, o de «mala gobernanza», siguiendo a organismos como el Banco Mundial (BM) o Fondo Monetario internacional (FMI), encabezaban la lista de Estados en desarrollo a los cuales acudía la inversión²⁹. Cabe preguntarse entonces que

²⁵ Mouzo Williams, David. “Necropolítica, un estudio de caso: la República Democrática del Congo”. En *Congreso Nacional de la Asociación Latinoamericana de estudios de Asia y África (ALAADA) Argentina: Seguridad humana, cultura y calidad de vida en Asia y África. Perspectivas desde Latinoamérica*, 2017, p. 154. <http://aladaa.com.ar/asiayafrika/wp-content/uploads/2018/12/2018.-ACTAS.-DOCUMENTO-8.pdf> [visitado julio 2019]

²⁶ Auteserre, *op. cit.*, pág. 252-253

²⁷ *Ibid.*, p. 261

²⁸ El cambio de denominación desde «Estados fallidos» a «Estados frágiles» se realizó en 2013. No obstante, esto no vino acompañado con grandes cambios estructurales en los parámetros de clasificación ni en los Estados que terminaban siendo calificados como tales. Aún más, dentro de las propias páginas de sus análisis siguen utilizándose términos como «fallido» o «colapso».

²⁹ Ferguson, James. *Global Shadows: Africa in the Neoliberal World Order*, Durham, Duke University Press, 2006, p. 196

implica el Estado fallido o el pos-conflicto en la realidad histórica de la RDC, que en ello no amedrentan la presencia informal de una serie de empresas de corte extractivista.

5.1. Persistencia de la violencia y *casus belli* irresueltas en el período de «pos-conflicto»

Para rebatir el uso acrítico que se ha hecho del «pos-conflicto» se analizarán brevemente tres problemáticas contemporáneas a la RDC, que se relacionan directamente con algunos de los aspectos que llevaron al desencadenamiento de las guerras mencionadas y/o las consecuencias de estas, y que en ello contradicen la aplicación de esa categoría y todo lo que implica: (1) relaciones conflictivas irresueltas entre la RDC y los Estados africanos fronterizos en el este; (2) conflictos étnicos irresueltos que se exacerbaban con las guerras y no obtuvieron respuesta; (3) la violencia sexual y generizada de corte sistémico en la RDC.

Algunos de los «resurgimientos» han sido el levantamiento militar disidente del general congolés Laurent Nkunda, fundador y líder del Congreso Nacional para la Defensa del Pueblo (CNDP) en el período 2004-2010³⁰ y los ataques del Ejército de Resistencia del Señor (LRA, por sus siglas en inglés), liderado por Joseph Kony, que incursionó en la RDC en el período 2009-2010³¹.

Si bien se ha criticado aquí el énfasis hecho por los organismos de ayuda como MONUC/MONUSCO al ámbito nacional e/o internacional como vía (verticalista) privilegiada para la resolución del conflicto, también es cierto que no se han terminado de resolver «las cuentas pendientes» de Laurent-Désiré Kabila con Ruanda y Uganda, tras el apoyo económico-militar que tuvieron hacia la AFDL en la Primera Guerra del Congo³². Es decir, que los gobiernos ugandés y ruandés supieron combinar la búsqueda de retribución de justicia (frente ataques de guerrillas contrarias a sus respectivos gobiernos, concentradas en el este congolés) con la búsqueda de la explotación mineral (a través de la ocupación del territorio y transferencia por rutas ilegales para exportar por sus propios territorios)³³. Es así como Ruanda y Uganda terminan exportando enormes cantidades de recursos naturales (oro, principalmente), a pesar que no disponen de reservas naturales importantes en sus respectivos espacios geográficos ni han declarado las compañías que supuestamente los extraen³⁴. En ello, se establecieron y/o financiaron principalmente por parte de Uganda y Ruanda, de forma más o menos abierta, ciertas «redes de poder» que condicionaron la persistencia del conflicto, concentrado en el oriente congolés: específicamente desde las Fuerzas

³⁰ Kabunda Badi, Mbuyi. “La República Democrática del Congo, 50 años después”. En *Cuadernos Africanos/50 años de ¿independencias africanas?*, España, Casa África, 2010, pp. 43-54, pág. 46-47

³¹ *Ibid.*, p. 49

³² *Ibid.*, pp. 53-54

³³ Reyes y Batubenge, *óp. cit.*, p. 107

³⁴ Global Witness, *Time to dig deeper*, London, 2017, <https://www.globalwitness.org/en/campaigns/democratic-republic-congo/time-dig-deeper/> [visitado junio 2019], pp. 9-10

Armadas ugandesas, las Fuerzas de Defensa del Pueblo de Uganda (FDPU), que han creado y financiado a los grupos de la Agrupación Congoleña por la Democracia (RCD, por sus siglas en francés) y el Movimiento para la Liberación del Congo (MLC), y el apoyo de las Fuerzas Armadas ruandesas, las Fuerzas de Defensa de Ruanda (FDR), a la mencionada CNDP³⁵.

En el plano más local, otra de las cuestiones irresueltas ha sido el enfrentamiento étnico en el oriente congolés, particularmente entre banyarwanda (grupo étnico consecuencia de movimientos demográficos de larga duración provenientes de la actual Ruanda, con presencia en los dos Kivus³⁶) y banyamulenge (grupo étnico tutsi provenientes de las actuales Ruanda y Burundi, que es minoría en Kivu del Sur³⁷). Los banyamulenge se habían visto afectados negativamente por las políticas “tradicionalistas” durante el régimen mobutista, habiéndoseles negado la ciudadanía y por ende el acceso a la tierra³⁸. A su vez, si bien se les había concedido la ciudadanía congoleña a los banyarwandas en 1972, y esto causó resentimiento en otros grupos étnicos como los banyamulenge, los enfrentamientos habían sido en torno a la posesión de la tierra y no habían tenido un carácter eminentemente violento; todo esto cambia con el genocidio de Ruanda de 1994, que complejiza el mosaico étnico, rompe antiguas alianzas y hace recrudecer los conflictos, al punto que las ciudadanía de ambos grupos étnicos son revocadas en 1995³⁹. Por ello, autores como Mbuyi Kabunda Badi plantean que es la irresolución de la nacionalidad de estos grupos, y los conflictos que terminan provocando entre sí en torno a ese factor, uno de los elementos políticos que explican las reactivaciones bélicas⁴⁰.

Otra de las problemáticas eclipsadas bajo el paraguas del pos-conflicto ha sido la persistencia de la violencia sexual y generizada, especialmente hacia mujeres y cuerpos feminizados. Típicamente se ha circunscripto a la violación como parte de la esfera sexual, a la vez que se le ha escindido de otras formas de violencia, a las cuales se les ha presumido sin una influencia del género (gendered o «generizada»)⁴¹, y que en realidad son muchas veces las mismas manifestaciones de problemas sistémicos⁴². En este sentido, Rita Segato ha criticado repetidamente las implicaciones que se le han dado al término «violencia sexual» porque aunque la violencia se dé por medios de la sexualidad, la finalidad no recae en ese orden sino en el del poder⁴³, relacionado a mandatos de la masculinidad,

³⁵ Tarid, *óp. cit.*, pp. 182-183

³⁶ Reyes, 2005, *óp. cit.*, p. 693-694

³⁷ Reyes, 2012, *óp. cit.*, p. 88

³⁸ Reyes, 2005, *óp. cit.*, p. 694

³⁹ Reyes, 2012, *óp. cit.*, pp. 95-96

⁴⁰ Kabunda Badi, *óp. cit.*, p. 44

⁴¹ A mi entender, una traducción más acertada de un término como *gendered violence*, utilizado por distintos y distintas autores sería el de «violencia generizada», en tanto si bien la palabra anglosajona no ha entrado tanto en circulación traducida al español, cuando lo ha hecho ha sido en la forma de *violencia de género* o *violencia genérica*; esta última, si bien “correcta”, confunde en su acepción en tanto remite más a lo impersonal y no a un atravesamiento del género ni a las relaciones interpersonales.

⁴² Baaz, Maria Eriksson and Stern, Maria, *The complexity of violence: a critical analysis of sexual violence in the Democratic Republic of Congo (DRC)*. Stockholm, Sida, 2010, pp. 12-13

⁴³ Segato, Rita. *La guerra contra las mujeres*, Madrid, Traficante de sueños, 2016, p. 18

Específicamente en el caso de la RDC, el análisis de la violencia sexual y violación se enmarca en los intentos políticos por reconceptualizarlas como crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad⁴⁴, rechazando tanto la idea de la violencia generizada como una consecuencia inevitable de la falta de normas sociales durante los conflictos bélicos, como su definición en tanto «arma de guerra». El gran problema que surge al referirse a estas violencias como arma de guerra en general, especialmente en la RDC, es que crímenes generizados como la violación han acaecido en períodos de una «relativa paz» o alejados espacialmente de los focos del conflicto; conceptualmente, dicha categorización limita el entendimiento sobre estos crímenes, ya que remite al contexto bélico y a la planificación estratégica, y se cierra a la posibilidad de multicausalidad⁴⁵. Aún más, mientras en casos como los de Ruanda y Bosnia la violación sexual había sido utilizada sistemáticamente como una forma de violencia étnico-específica, es decir, para amedrentar y aterrorizar a poblaciones apuntadas por su pertenencia étnica, en la RDC la violencia sexual ha tendido a ser dirigida a cualquier mujer y cuerpos feminizados, sin importar la afiliación étnico y/o política; esto, no obstante, no minimiza el carácter sistemático de estas violencias⁴⁶. El hecho de que la violencia generizada sistemática haya tendido a decrecer pero no desaparecido nos debe llevar a re-considerar tanto la categorización de la violencia generizada como arma de guerra, así como el cierre de discusión que implica aproximarnos a la RDC y especialmente a su zona oriental como de «pos-conflicto».

5.2. Génesis de la categorización de «Estado fallido»: fin de la Guerra Fría y principio de la «seguridad internacional»

Si bien como concepto puede ser más antiguo, el uso de la categorización de «Estado fallido» data de la década de los noventa, en el contexto de la caída de la URSS y la alternativa del socialismo soviético. Desde la posición de una indiscutida hegemonía capitalista-occidental, acontece la construcción de nuevas categorías para perfilar los peligros que, se percibían, emanaban o potencialmente lo harían desde el Tercer Mundo, particularmente aquellos Estados nacidos de las luchas anticolonialistas y, posteriormente, los que habían surgido de la desestructuración del bloque soviético. Así, hay consenso que la popularización y adopción de esta idea proviene de un trabajo

⁴⁴ Los cambios en la definición de estos crímenes se dan a su vez por las denuncias de violaciones sexuales sistemáticas durante la guerra en la ex Yugoslavia y en el genocidio de Ruanda durante la década de los noventa, donde se reporta su uso como arma de guerra, en tanto agresión moral y material, que se enquistan en los procesos de conquista, ocupación y exterminio de un pueblo sobre el otro, y que por ello han sido incorporados gradualmente a la jurisprudencia de crímenes de guerra y crimen de genocidio, reunidos en el Estatuto de Roma. Ver Rita Segato, *La guerra contra las mujeres*, Madrid, Traficante de sueños, 2016

⁴⁵ Baaz y Stern, 2010, *óp. cit.*, pp. 15-16

⁴⁶ *Ibid*, p. 16

publicado en *Foreign Policy*⁴⁷. Si bien posteriormente la categoría tomará nuevas dimensiones, ya se puede ver en sus orígenes apreciaciones que continuarán impregnándole: (1) que fue erróneo que los Estados nacidos de la descolonización hayan podido auto-determinarse, sin la tutela de las potencias occidentales o de la ONU, bajo los preceptos del paternalismo⁴⁸ (en ello, invisibilizando las múltiples instancias de intervencionismo⁴⁹) y que los «métodos tradicionales» como son la inyección de capital y ayuda humanitaria fueron en vano, en tanto “la emergencia de nuevos Estados fallidos sugieren la necesidad de un enfoque más sistémico e intrusivo”⁵⁰, lo cual ha sido un eufemismo para la intervención político-militar occidental, particularmente estadounidense; (2) la idea de que la condición de fallido se contagiará a los Estados vecinos, lo cual difumina aún más la definición en tanto no solo habría condiciones objetivas sino potencialidades; (3) a pesar de la aparente paradoja, se plantea que sea puesto demasiado peso político al discurso de la soberanía (lo cual ha evitado las intervenciones tanto de la ONU como de los Estados miembros), pero a la vez se pone como uno de los pilares de la definición del Estado fallido, en tanto la falta de un monopolio legítimo sobre la violencia es lo primero que es criticado y usado para la definición como tal.

La categoría recibe un nuevo impulso con el comienzo de la mencionada redacción del FFP a partir de 2005, con el index o ranking de los Estados fallidos, coincidiendo con el intento estadounidense de justificar las intervenciones militares en Irak y Afganistán, que ya se habían develado en ese tiempo como desastres humanitarios, así como con el momento en que se estaba terminando de redactar el concepto de «Responsabilidad de proteger» (*Responsability to protect*), que sería adoptado por la ONU ese mismo año, y que ha sido criticado por su extrema selectividad y consecuencias a la hora de intervenir. No se critican aquí los índices utilizados *per se*, sino la conjunción arbitraria que se hace de ellos para la formulación del concepto, y lo que este último termina implicando como justificativo para las sanciones económicas e intervencionismo político-militar que han acaecido desde mitades de los '90 en adelante.

Tomemos, por ejemplo, la cuestión del monopolio de la fuerza⁵¹. Podemos relacionar esto último directamente con las ideas de lo que Max Weber consideraba constituía un Estado, en tanto definía que el “Estado es aquella comunidad humana que, dentro de un determinado territorio (el

⁴⁷ Helman, Gerald B. and Ratner, Steven R., “Saving Failed States”, *Foreign Policy*, 1992. <https://foreignpolicy.com/2010/06/15/saving-failed-states/> [visitado julio 2019]

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ Se puede mencionar un caso de intervencionismo con consecuencias desastrosas sin por ello salir de las fronteras de la RDC, al analizar el trasfondo de la denominada «Crisis del Congo». Con el empeoramiento de la situación congoleesa hacia 1960, se llevó al planteamiento y concreción de la *Operación Barracuda*, articulada entre los servicios secretos de Bélgica y Estados Unidos para asesinar a Lumumba, con ayuda de grupos locales. Fue Joseph-Desiré Mobutu, general de confianza y posteriormente auto proclamado como Mobutu Sese Seko, fue quien llevó a cabo el *coup d'état* que sacó al Primer Ministro y lo condujo a una lenta eliminación política y luego a otra lenta muerte, pero esta vez material. Mobutu, que luego ejercería como dictador por más de treinta años en la región, había sido ayudado por los estadounidenses y belgas, y sus tropas financiadas por la ONU.

⁵⁰ Traducción libre del original en inglés «the emergence of additional failed states suggests the need for a more systematic and intrusive approach». Helman and Ratner, *op. cit.*

⁵¹ Siguiendo la línea del index de Estados frágiles del FFP, este aspecto responde al apartado del «aparato de seguridad» (*security apparatus*), dentro del indicador de «Cohesión», y que se refiere al carácter político-militar de los presuntos Estados frágiles.

«territorio» es elemento distintivo), reclama (con éxito) para sí el monopolio de la violencia física legítima”⁵². Esta conceptualización nace ya, en el pensamiento weberiano, de una comparación por la negativa entre Oriente y Occidente en pos de develar porque solo el último alcanza el capitalismo moderno, llegando a la conclusión de que se debe a sus rasgos exclusivos personificados por instituciones «racionales» y «previsibles»⁵³. De una forma más o menos indirecta, esta explicación ha impregnado gran parte del corpus occidental, partiendo de una pregunta (“¿por qué Occidente logro ‘X’ mientras que Oriente no?”) que ya tiene contenida en sí parcialmente la respuesta, de que el ascenso de Occidente fue empírico e inevitable, y solo falta encontrar la explicación causal a ello⁵⁴.

Tomando el caso específico de la RDC, el señalamiento de una disputa en torno al monopolio de la violencia no resuelve absolutamente nada: ignora la multicausalidad y la contingencia histórica de esta situación. Primeramente, se encuentran las ya mencionadas redes de poder tejidas por los Estados fronterizos a la RDC, motorizadas no solo por la extracción de recursos minerales en conjunción con capitales occidentales y no-occidentales, sino por los conflictos étnicos irresueltos (a su vez motivado en parte por la distribución desigual de recursos como la tierra) y los intereses políticos nacionalistas (como el *hutu power* o *tutsi power*). Por otra parte, las relaciones entre la vida civil y la esfera militar congoleñas se develan como una relación asimétrica y conflictiva, que remiten a raíces históricas profundas, como afirman Baaz y Stern:

“Durante los tiempos de la colonia, el rol del ejército era quebrar toda resistencia a la explotación económica del poder colonial. Durante el régimen de Mobutu, los militares continuaron mayoritariamente en su rol de proteger el régimen contra cualquier oposición interna. El rol tradicional del ejército, en combinación con la prevalencia de actividades ilegales y la extorsión a la población, claramente han tenido consecuencias en el desarrollo de las relaciones civiles-militares.”⁵⁵

Parte de esta depredación se puede explicar por los bajos salarios y/o el no-pago de los mismos, que llevó a los militares y a la policía ya hacia el final del régimen mobutista a explotar a los/as civiles a través de la extorsión por crímenes verdaderos o falsos; como resultado de estos abusos sistemáticos de poder, así como por la falta de incentivos para cambiar las conductas, los uniformados han sido

⁵² Weber, Max, *El político y el científico*. Madrid, Alianza Editorial, 1979, p. 83

⁵³ Hobson, John M., *Los orígenes orientales de la civilización de Occidente*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 34-35

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 38-39

⁵⁵ Traducción libre del original en inglés: “Instead, the armed forces in the DRC have been used to protect the regime and suppress internal opposition. During colonial times, the role of the army was to break all resistance to the economic exploitation by the colonial power. During the Mobutu regime, the military largely continued in the role of protecting the regime against internal opposition. The traditional role of the army, in combination with the prevalence of illegal activities and extortion of the population, has clearly had consequences for the development of civil-military relations”. Baaz y Stern, 2010, *op. cit.*, pp. 24-25

deslegitimados históricamente como institución y como carrera a elegirse⁵⁶. Por otra parte, el poco acatamiento a los incentivos monetarios y de reintegración a las comunidades prometidos por la Comisión Nacional para el Desarme, Desmovilización y Reinserción (CONADER), terminó llevando a muchos/as ex combatientes a retomar la depredación, aún bajo el marco de un gobierno democrático⁵⁷.

Por último, la profesionalización de las FARDC fue trunca: tras los mencionados Acuerdos se dispuso la integración de un grupo selecto de grupos armados ilegales sin perder por ello su carácter bélico y manteniendo un control armado «informal», frente a la centralización que deberían de representar las Fuerzas Armadas de la República Democrática del Congo (FARDC). Asimismo, la introducción, sin mecanismos reales de inserción, de la RCD, MLC y otros grupos armados en las FARDC conllevó un grado de desestabilización⁵⁸, principalmente por la yuxtaposición de cadenas de comando, ya que se han mantenido viejas lealtades, y no ha acontecido una real centralización y jerarquización como se pretendió⁵⁹. Así, además de la persistencia de una serie de señores de la guerra y grupos armados ilegales, concentrados en el este congolés y en torno a la explotación informal de la extracción de minerales estratégicos y preciosos, las disputas en torno al monopolio de la violencia o soberanía están aún en el seno de las FARDC, enraizadas en una historia de largo plazo de desprestigio institucional y depredación hacia la población civil, y una formalización/profesionalización inconclusa de corto plazo desde los llamados de paz.

Conclusiones

A lo largo de la ponencia se intentó hacer una problematización de las categorías de «pos-conflicto» y de «Estado fallido» a través de la contingencia histórica de un caso específico: la República Democrática del Congo en el período 1965-2019. Se planteó que el uso acrítico de estas terminologías, especialmente por parte de los actores internacionales y concretamente para el caso congolés, han terminado eclipsando la continuación de la violencia en el territorio y volviendo aún más ininteligible su concentración de baja intensidad en las provincias del este. Aún más, se visibilizaron algunas de las falencias en la propia formulación de esas categorías, que han partido desde una concepción eurocéntrica y que no ha tenido en cuenta las particularidades de los espacios no-europeos a los que han pretendido aplicarlos. Así, mientras la idea de pos-conflicto ha puesto un énfasis sobredimensionado al llamado a elecciones democráticas y el restablecimiento de la

⁵⁶ Baaz y Stern, 2010, *óp. cit.*, O Ibid, pp. 24-25

⁵⁷ Baaz, Maria Eriksson and Stern, Maria. "Making Sense of Violence: Voices of Soldiers in the Congo (DRC). *The Journal of Modern African Studies*, 46(1), 2008, pp. 57-86, pág. 63-64

⁵⁸ Reyes, 2005, *óp. cit.*, pp. 700-701

⁵⁹ Baaz y Stern, 2010, *óp. cit.*, p. 64

diplomacia, ha ignorado la continuación de la violencia debido a la manutención de una masculinidad militarizada hegemónica, la falta de una formalización de las Fuerzas Armadas, la ausencia de respuestas a conflictos étnicos y las cuentas pendientes de los Kabila hacia los gobiernos de Ruanda y Uganda. Por su parte, la idea de Estado fallido ha acallado cualquier discusión que se puede tener respecto a todo lo anterior, y ha ofrecido como respuesta solo la intervención político-económica de organismos internacionales como la MONUC/MONUSCO, FMI y BM.

Aún más, esa opacidad lo que ha hecho es desligar las responsabilidades de los capitales occidentales y no-occidentales en la continuación de la economía de guerra concentrada en la zona oriental, que con la complicidad de señores de la guerra y grupos armados ilegales y/o las concesiones por parte del gobierno central, han obtenido una plusvalía enorme a costa del empobrecimiento de gran parte del pueblo civil congolés. Contradictoriamente, la utilización de la categoría «pos-conflicto» no ha significado el cese de la violencia militar y militarizada, ni la utilización de la categorización «Estado fallido» ha evitado la constante entrada y salida de capitales y empresas extranjeras (africanas, occidentales y no-occidentales) para la explotación de los recursos naturales congolese.

Se requerirá entonces de la formulación de nuevas categorías, en un diálogo más fluido entre la Historia y la teoría sociológica.